



PALABRAS COMO FLECHAS

Juan José Delaney

La reina de la belleza de Leenane
de Martin McDonagh
Teatro El Tinglado

Dramaturgo y cineasta angloirlandés, Martin McDonagh (1970) es vastamente conocido por la pieza *El hombre almohada* (*The Pillowman*, 2003) aunque, en rigor, supo del éxito desde su primera obra representada, *La reina de la belleza de Leenane*, que había escrito a los 25 años. Oscar Barney Finn, director de la versión que comentamos, asistió a la representación de la pieza en Dublín y al salir de la sala el azar lo cruzó con el autor del texto. Barney Finn quedó impresionado por aquella contundente muestra de lo que se conoce como teatro de la crueldad, y no vaciló en adquirir los derechos para su traducción y realización en Buenos Aires. La estrenó en marzo de 1999, con Leonor Manso, Aída Luz, Pablo Rago y Alejandro Awada como protagonistas. Susana Freire, desde *La Nación*, la juzgó muy buena y destacó la inteligente elección de actores, acierto que se repite para la versión que nos ocupa. La obra volvió a Buenos Aires en 2011 con la compañía de la actriz sevillana Gloria López, aunque sin despertar el entusiasmo de la crítica. El drama, en rigor: la tragedia, transcurre en un mínimo ambiente de una vivienda rural situada en Galway, y deviene un microcosmos de cierto segmento socio cultural irlandés. Son los años '60 del siglo pasado. Como también ocurría en muchos hogares ibero argentinos de la época, conviven en las paredes del sencillo espacio una imagen del Sagrado Corazón y una fotografía del Presidente JFK.

La obra tiene como eje a Mag, una de esas arquetípicas madres irlandesas, fuertes y dominantes, que contribuyeron a difundir la broma según la cual Cristo debió de haber sido irlandés porque tenía 33 años, era soltero y vivía bajo la tutela de la madre. Lo que se presenta es la infernal relación entre la mencionada mujer, protagonizada por Marta Lubos, y su hija solterona, Maureen, encarnada en Cecilia Chiarandini, las que cohabitan en un universo desesperanzado donde, para Maureen, en algún momento se enciende una esperanza en la figura de Pato (Pablo Mariuzzi), a quien ve como instrumental a su urgencia por escapar.



Un segundo personaje masculino, Ray, actuado y a veces sobreactuado por Sebastián Dartayete, es funcional al inteligente entramado de causas y efectos que conducen hacia el desastre final.

Más allá de las excelentes actuaciones, en especial las de Marta Lubos y Cecilia Chiarandini, el subliminal protagonista de la pieza es el lenguaje: palabras como flechas, duras, incisivas, soeces, irónicas, no pocas veces dictadas por la maldad revelan a los personajes y el desencanto que rige sus existencias. De alguna manera el texto ilustra el aserto de las Escrituras según el cual de la abundancia del corazón habla la boca. En esta línea, es efectiva la traducción de Fernando Masllorens y Federico González del Pino porque contribuye decisivamente a sugerir lo que hay detrás de lo que se expresa; en el mismo sentido, la estudiada escenografía de Eduardo Spíndola –verosímil, algo grotesca y en consonancia con el mundo de los habitantes de la casa– es medular a la rara atmósfera que campea durante la peripecia toda, tanto en el escenario como en la sala. La elección de la nostálgica canción despachada por el viejo aparato radiofónico es un acierto más y funciona como leitmotiv; ese encuentro de letras y música da cuenta de lo que las palabras pueden revelar, confiando a la música la expresión de lo inefable.

Pieza de ámbito cerrado, en la que discernimos ecos de John Synge y aun de Samuel Beckett, *La reina de la belleza de Leenane*, en esta nueva puesta escénica, resulta una conjunción afortunada de arte y vida. 